



LA CIVILIZACIÓN ES UN HORIZONTE

La posibilidad de cometer actos bárbaros, aunque nos consideremos civilizados, habita en el interior de nosotros como un impredecible caballo de Troya. No hay una frontera claramente demarcada en el comportamiento de los individuos, las facciones políticas, étnicas o religiosas y los propios Estados que nos separe de la inhumanidad. Las sociedades contemporáneas no parecen vivir en el sólido terreno del respeto a la humanidad del otro sino en una zona intermarcial en donde se suceden en el tiempo flujos y reflujos de impredecibles actos de barbarie. Actos que simultáneamente nos sorprenden, nos decepcionan y nos interrogan acerca de la real naturaleza humana.

El poeta ruso Joseph Brodsky, nacido en San Petersburgo en 1940, pensaba que quien había leído a Charles Dickens le era más difícil dispararle a otro ser humano en nombre de una idea que quien no lo había leído. Brodsky, que fue encarcelado por el régimen soviético acusado de parasitismo, no creía en las doctrinas políticas basadas en la violencia cuya insonoridad se manifiesta en el hecho de que requieren de sacrificios humanos para su realización. Son estas doctrinas las que llevan a algunos a justificar lo que es injustificable desde lo ético. Se trata

de reafirmar principios universales en torno a la vida y a la dignidad humana, no de adoptar posiciones enmarcadas en una acomodaticia lógica situacional que solo ratifica nuestros propios prejuicios.

Los hechos transcurridos en este mes de octubre en el Medio Oriente constituyen una inmensa derrota para toda la humanidad. Las imágenes lacerantes de civiles heridos, secuestrados o muertos, ya se trate de judíos o palestinos, deben conducir a un sentimiento de vergüenza compartida. El riesgo más grande al responder a los actos de barbarie con otras acciones igualmente deshumanizantes y cruentas es el de que esa misma violencia, que censuramos en otros, puede terminar convirtiéndonos en auténticos bárbaros.

